

# El Eco de la Montaña,

Periódico semanal, defensor de los intereses de Olot y su Comarca.

EL ECO  
DE LA MONTAÑA

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	En toda España, trimestre.	1.50
	» » » año	5.00
ANUNCIOS.	Los suscritores, línea.	0.05
	Los no suscritores, »	0.10
NÚMEROS SUELTOS.		0.15
REMITIDOS.	Precios convencionales.	

Olot 17 de Julio de 1892.

Año I. || Núm. 2.

Para suscripciones y demás, dirigirse al Administrador ó bien á la librería de Juan Bonet, calle Mayor, núm. 3, Olot. No se sirven suscripciones ni se insertan anuncios que no estén adelantado su importe. — Tampoco se admitirá escrito alguno que no vaya firmado por su autor. Insértese ó no, no se devuelven originales.

## De la colaboración particular de EL ECO DE LA MONTAÑA.

### Instrucción pública.

Que las cosas deben medirse por la importancia que en sí suponen, es una verdad que huelga de puro sabida: Que esta importancia se mide por la necesidad, utilidad y trascendencia que representa, es otra verdad de suyo ocioso de ser escrita. Y no obstante, tenemos aquí dos factores que por rigor lógico ó matemático deberían darnos un producto idéntico, pero por una aberración humana de las pasiones dan en la vida real, no ya un producto diferente, sino lo que es todavía más raro y anfraccional, producen un resultado completamente contradictorio.

Nos explicaremos:

Si decimos que la instrucción, y como precedente suyo la enseñanza pública, es un elemento principalísimo en la civilización de los pueblos, que es el primer factor de la cultura de la sociedad, y que es el generador del bienestar y del progreso de las naciones, no solo no se atreverá nadie á negarlo, sino que con la sonrisa en los labios nos dirán todos nuestros lectores que perdemos miserablemente el tiempo escribiendo ociosidades. Y tendrán razón nuestros lectores, porque la ciencia, la historia, la prensa y la opinión pública, los publicistas, los gobiernos, las legislaciones de todos los pueblos y todos los criterios individuales, están en este punto tan acordes y tan unánimemente compactos, que han elevado en todo tiempo estas verdades á la categoría de apotegmas y primeros principios.

¿Quién de nosotros no ha leído hasta la saciedad que la instrucción pública es el termómetro que marca los grados de civilización de los pueblos? ¿No hemos visto infinidad de veces comparar con las tablas estadísticas en la mano á los pueblos entre sí, para medir su civilización según los grados que marcan en aquella columna termométrica, buscando el tanto por ciento de sus habitantes que poseen los elementos imprescindibles de la instrucción, leer y escribir? Frescos están todavía en nuestra memoria y vibrantes resuenan todavía en nuestros oídos, las recientes quejas y sentidos lamentos que en plenas Cortes y ante la faz del país entero exhalaba el intransigente y avanzado tribuno Sr. Pí y Margall, al ver el bajo nivel que en el mapa del mundo civilizado ocupaba nuestra España, al denunciar al gobierno y á la patria la ignorancia que señorea en la Península y el exiguo número de habitantes que por cada ciento saben leer y escribir. Como este hombre público, piensa y siente todo este feudalismo de políticos que dirigen, dominan y monopolizan los destinos de la nación, y al igual que él, porque el mal es antiguo, lo han sentido y deplorado los gobiernos y políticos de tiempos pasados, tanteando medios y buscando remedios

en una ley de enseñanza obligatoria y forzosa. Y hacen bien estos gobiernos y estos hombres públicos, porque responden á sus más fundamentales deberes, á los derechos más imprescindibles de la sociedad y á la más sagrada justicia de la opinión pública.

¿Quién de nosotros no ha visto la solicitud y la admiración con que la Historia registra ciertos períodos de sus anales, la atención y el respeto con que se detiene en ciertas épocas sobresalientes, á la manera de pintorescos oasis en medio de los arenales del inmenso desierto, en que han florecido las ciencias, las artes y las letras, como un despertar misterioso del espíritu humano á la vida universal del mundo? ¿Quién de nosotros no recuerda el placer con que saborea y el entusiasmo con que canta los bellos tiempos helénicos de Pericles, el siglo de oro de Augusto, la época de Carlo-Magno, la de los Médicis, la de Luis XIV el Grande y la de nuestros Felipes? Y hace bien la historia en reservar sus mejores cantos y guardar sus más bellas páginas para estos grandes protectores de las ciencias y de las artes que dejan en la historia moral de los pueblos y en el espíritu de la humanidad que flota sobre la superficie de los tiempos y de los sucesos, más profunda y saludable huella que estos conquistadores y sojuzgadores de las gentes que todo lo trastornan, deprimen y conculcan, al paso que aquellos echan las bases, edifican y erigen el sagrado monumento de la elevación del hombre. Y hace bien la historia en entenderlo y hacerlo así, porque de este modo responde á la conciencia universal de la humanidad.

¿Quién de nosotros no conoce las cargas que pesan sobre el Erario público para el sostenimiento de este numeroso cuerpo docente, desde la suntuosa universidad hasta la humilde escuela lugareña, sembrando toda la nación de una red apretada de maestros y escuelas, como para obligar al ciudadano á no moverse sin quedar preso entre sus mallas y encerrado dentro una aula ó escuela? El Estado sostiene costosas universidades como focos luminosos de gran potencia para que difundan la luz á raudales por todos los ámbitos del territorio; la Provincia sus Institutos para elaborar éstas inteligencias jóvenes que deben un día ser el alma de la universidad ó sumarse con la masa de ciudadanos buenos y útiles; el Municipio sus escuelas para hacer vibrar el corazón y la inteligencia de la edad tierna y trabajar su educación y su espíritu para que sean con el tiempo miembros útiles á la familia y á la patria. Sobre el Municipio y la Provincia legisla el Estado y les impone su cuerpo docente, moviendo incesantemente el manubrio de las Juntas de enseñanza para formar al súbdito con el prestigio de la ley en una mano y con la vara del poder ejecutivo en la otra. ¡Plan admirablemente concebido! Y hace bien el Estado y la Legislación porque así responde á las necesidades de la Sociedad, á los derechos permanentes de la nación, y, á la justicia eterna de la humanidad.

¿Quién no observa todos los días los continuos y valiosos desvelos del padre de familias, sus cuidados y sacrificios, al mandar á sus hijos, desde la más tierna edad, á la escuela, afanoso y solícito para suministrarles el alimento moral del espíritu, este pan del alma que debe nutrir, desenvolver y formar el corazón y la inteligencia de sus caros vástagos, á fin de hacerlos dignos de ellos y de la Sociedad en que deben vivir? Muy bien cumplen sus deberes estos padres de familia y á maravilla entienden los deberes santos de su paternidad y la positiva utilidad é interés filiales.

Todo y todos estamos aquí conformes. Ni siquiera se oye una nota discordante. Las disidencias y las divergencias, patrimonio de todos los sistemas, opiniones, escuelas y partidos, no son de este lugar. ¡Poderosa fuerza de las grandes verdades y de los grandes principios! Estadistas, publicistas, gobernantes, legisladores, historiadores y padres de familia, forman aquí escuadrón cerrado y levantan estusiasta hurra á la instrucción pública.

Y no obstante ¡oh sarcasmo! nos vemos obligados á exclamar con despecho:

¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!

Mienten aquí todos, desde el gobierno al padre de familia. Y este bello cuadro que acaba de desplegarse ante los ojos de nuestros lectores, al llegar á la triste realidad de los hechos, se evapora y disipa como un cuadro disolvente y resulta todo ello una pura y ridícula comedia de fantasmagoría, en la cual son actores nuestros hombres públicos y en la cual se insulta al sentido común, á la razón de los pueblos y al derecho más sagrado del ciudadano.

Lo veremos otro día.

## Variedades.

EL STABAT MATER  
POR ENRIQUE MURGER.

(Conclusión.)

II.

Quince años más tarde, en una hermosa noche del mes de Abril y en esta misma habitación donde estubo á punto de morir víctima de una imprudencia, Gio Bautista Pergolese estaba sentado delante de un clavicordio que hacía resonar bajo sus dedos. Diferentes veces se interrumpía en medio de un motivo y golpeaba el suelo con el pie con cierto aire de impaciencia, como un hombre que no encuentra lo que busca. En una palabra, estaba componiendo.

La voz secreta que le había dicho en la iglesia de Nápoles que sería músico, no había mentido. Salvado milagrosamente de su enfermedad, un día que sus parientes le preguntaron la carrera que quería seguir, contestó sencillamente:

—Quiero ser músico.

Tratóse de combatir su vocación, pero el niño persistió con tanta terquedad que la familia hubo de ceder, y á los trece años ingresó en el conservatorio de los niños pobres de la ciudad de Nápoles.